

BENDICIÓN DE LA CAPILLA Y CONSAGRACIÓN DEL ALTAR*

La iglesia, el templo, es para el monje, ese que no quiere ser más que cristiano pero tampoco menos, un lugar central en su vida. Ahí pasa una buena parte de la jornada; siete veces al día se reúne para la alabanza divina, centrada en la celebración de la Eucaristía, renovación y actualización del misterio total de Cristo. Además en el templo se expresa el sentido profundo de la comunidad monástica, como verdadera Iglesia de Cristo; cuando ella se reúne para la celebración de la Eucaristía o para su prolongación temporal en la liturgia de las horas, se convierte en epifanía de la Iglesia universal.

El monje tiene sólo una iglesia, como única es la Iglesia que va construyendo. Es la iglesia abacial, donde en verano celebramos la Eucaristía dominical; es la que ha recibido la verdadera consagración como templo vivo del Señor y está ahí como expresión visible de lo que queremos ser y nos estamos haciendo. Pero los tiempos y las circunstancias cambian y sabemos de la dificultad que implicaría para nosotros, muchos menos que en los primitivos tiempos y con otra sensibilidad espiritual. Por eso, llevamos ya bastantes años reuniéndonos en una capilla pequeña, quizá demasiado, más recogida, más reconfortante y más adaptada a nosotros.

Ahora la nueva capilla, que hemos adoptado comunitariamente en todos sus detalles. La Iglesia que somos y que se expresa en el concreto diario, encontrará aquí sus momentos álgidos y más importantes. Consagración ya no cabe; tenemos la iglesia principal, punto de referencia y signo preferencial; pero para nosotros tendrá un sentido muy especial. En estos casos se prevé la bendición, que vamos a realizar. Nuestra presencia orante y comunitaria, nuestra celebración de la Eucaristía sobre todo, bastarían para bendecir y consagrar el lugar; pero es conveniente significar con signos visibles la realidad invisible y histórica que nos envuelve; y también abrimos suplicantes y confiados a quien con su presencia omnímoda nos bendice y consagra a todos y a toda realidad creada.

El rito de bendición pertenece al obispo diocesano, que se estrenará aquí para nosotros y casi para toda la diócesis. Y dentro de la nueva capilla ocupa un lugar central, con un simbolismo múltiple, el altar, que también consagrará nuestro obispo. Dentro de la iglesia, el altar es el centro, como central es la Eucaristía que sobre él se celebra, presencia del misterio de la cruz y banquete pascual que Cristo ofrece al Padre y a su Iglesia. Combinar estos dos elementos constituirá un rito algo híbrido, pero que no dejará de ser significativo y que justifica un interés espiritual para vivirlo con sus ricos símbolos.

Especialmente para la consagración del altar bastaría, dicen los Prenotandos, con la misma celebración de la Eucaristía, por su fuerte significatividad de actualizar el misterio de la Cruz, ara del verdadero y definitivo sacrificio de la humanidad y banquete escatológico que Dios ofrece a todos los pueblos. Para la bendición de la nueva Capilla bastará con la ablución del agua bendita, sobre nosotros y sobre la nave, que nos renovará a todos y al lugar que ocupamos, como signo de penitencia y de purificación.

* Charla a la comunidad de Santa María de Huerta, el 16 de julio de 2008.
La palabra "Prenotandos" del texto significa las observaciones previas al Rito.

Luego el rito se centrará en la consagración del altar, con profusión de signos más ricos y expresivos. Nos detendremos un poco en ellos, siguiendo el rito y los Prenotandos.

El rito, como en todas las celebraciones sacramentales, sigue a la liturgia de la Palabra y empieza, como en los momentos solemnes, con la invocación de los Santos, las Letanías. Y sigue la oración consecratoria, momento importante en el rito, que lo sobrepasa de la magia, al suplicar la acción de Dios sobre el altar. En esta ara la Iglesia suplicante ve la culminación de toda una historia de encuentro mutuo entre Dios y el hombre, hasta culminar en Cristo, altar definitivo de Dios para la humanidad.

Cristo es, según la tradición de todos los tiempos, víctima, sacerdote y altar de su propio sacrificio. El Señor Jesucristo, al instituir, bajo la forma de un banquete sacrificial, el memorial del sacrificio que iba a ofrecer al Padre en el ara de la cruz, santificó la mesa en la cual se reunirían los fieles para celebrar su Pascua. Así, pues, el altar cristiano es, por su misma naturaleza, la mesa propia del sacrificio y del convite pascual. Es el ara peculiar en la cual el sacrificio de la cruz se perpetúa sacramentalmente para siempre hasta la venida de Cristo. Es la mesa junto a la cual se reúnen los hijos de la Iglesia para dar gracias a Dios y recibir el cuerpo y la sangre de Cristo.

Es importante resaltar, como hacen los Prenotandos, que si Cristo, Cabeza y Maestro, es verdadero altar, también sus miembros y discípulos son altares espirituales, en los que se ofrece a Dios el sacrificio de una vida santa. San Ignacio de Antioquía suplica a los Romanos: «El mejor favor que podéis hacerme es dejar que sea inmolado para Dios, mientras el altar está aún preparado». Y afirma san Gregorio Magno: «¿Qué es el altar de Dios sino la mente de quienes viven honestamente?... Con razón, pues, el corazón de los justos es llamado el altar de Dios». O, según otra imagen célebre entre los escritores eclesiásticos, los fieles cristianos que se dedican por completo a la oración, que ofrecen a Dios el sacrificio de sus plegarias y súplicas, son ellos mismos piedras vivas con las que el Señor Jesús edifica el altar de la Iglesia.

Los ritos que siguen van a expresar este rico significado del altar. Y se empieza con la colocación de las reliquias, que no es obligatoria y que el nuevo Ritual corrige y encauza las costumbres anteriores. Los Prenotandos recuerdan que es oportuno conservar la tradición de la liturgia romana de colocar reliquias de mártires o de otros santos debajo del altar. Pero se tendrá en cuenta lo siguiente: El cofre con las reliquias no se colocará ni sobre el altar, ni dentro de la mesa del mismo, sino debajo de la mesa, teniendo en cuenta la forma del altar. Toda la dignidad del altar le viene de ser la mesa del Señor. Por eso los cuerpos de los mártires no honran el altar, sino que éste dignifica el sepulcro de los mártires.

A continuación vienen los ritos de unción, incensación, revestimiento e iluminación del altar que expresan con signos visibles algo de aquella acción invisible que Dios realiza por medio de la Iglesia cuando ésta celebra los sagrados misterios, en especial la eucaristía. Y los Prenotandos explican su sentido. En virtud de la unción con el crisma, el altar se convierte en símbolo de Cristo, ungido por el Padre con el Espíritu Santo y constituido sumo Sacerdote para ofrecer en el altar de su cuerpo el sacrificio de su vida por la salvación de todos. Por el incienso quemado sobre el altar se significa que el sacrificio de Cristo, que se perpetúa allí sacramentalmente, sube hasta Dios como suave aroma, y también para expresar que las oraciones de los fieles llegan agradables y propiciatorias hasta el trono de Dios.

El revestimiento del altar indica que el altar cristiano es ara del sacrificio eucarístico y al mismo tiempo la mesa del Señor, alrededor de la cual los sacerdotes y los fieles celebran el memorial de la muerte y resurrección de Cristo y comen la Cena del Señor. Por eso se viste y adorna festivamente. La iluminación del altar nos advierte que Cristo es la «luz para alumbrar a las naciones », con cuya claridad brilla la Iglesia y por ella toda la familia humana.

Por fin, viene la parte eucarística, momento central de todos los ritos, donde se acoge el misterio central de Cristo que da sentido al templo, que hemos bendecido y al altar que hemos consagrado. Cristo hace presente su sacrificio redentor que ofrece en la Cruz y que actualiza sobre el altar y se convierte en banquete definitivo para toda la humanidad. Pero, como recuerda todo el desarrollo del rito, esto no se hace sin nosotros. Es nuestro pan y nuestro vino, frutos de la tierra y del trabajo humano, expresión de nuestra vida entera, en la que se hace presente el misterio total de Jesús. En la celebración de la Eucaristía diariamente lo renovamos alrededor del altar, y en la Liturgia de las Horas lo llevamos a cada hora de la jornada, y el recuerdo de Dios, actualiza a cada palpitar del corazón, este Memorial que Dios nos ofrece.

Agustín Romero, prior